

# CUENTO DE NAVIDAD



L. MIGUEL  
URIARTE

**ESTEBAN ARCE** Campuzano pasaba por una mala racha. Había superado otras pero ahora, a sus cuarenta y siete años, se enfrentaba al concepto de material obsoleto que tenían los señores que manejaban los hilos del empleo. Llevaba media vida en el sector. A los veinte años, ya escuchaba los relés de las centrales telefónicas para detectar averías que, entonces, tenían nombre y apellidos. Como muchos otros en esa época, compatibilizó el trabajo con el estudio, fue duro aunque quizá no tanto como alardeaba frente a compañeros más jóvenes, o ante sus propios hijos y, como muchos otros, también subió al tren de las telecomunicaciones, logrando, con los años, una "buena posición", frase que se suele utilizar con orgullo cuando se habla de familiares o amigos cercanos. Esteban Arce Campuzano se encontraba a las puertas de una regulación de empleo que le llegaba demasiado pronto. "Quieren perderse mis mejores años, estúpidos, justo cuando tengo la experiencia y madurez para rendir a tope", se quejaba amargamente. Tenía amigos, "contactos", pero se hartaba de escuchar siempre la misma cantinela: que si los recién acabados se comían el mundo por cuatro perras y un contrato precario, que si no se contrataba a nadie desde hacía más de dos años, que si hay algo pero no es suficiente para tu categoría (debían referirse a la categoría de "regulado"). "Seguro que te recolocan y, si no, con tu curriculum, sin problemas", etcétera, etcétera y volver a empezar. Y la regulación estaba a la vuelta del verano, un primer escalón que llevaba... directamente al paro. El paro, una palabreja que hasta hacía poco le sonaba extraña, lejana, una enfermedad de los de letras, de los contables, de los obreros o de los campesinos. Miraba su pecé, se palpaba el móvil bajo la chaqueta y acariciaba el teléfono digital con display, siempre con la luz roja de los mensajes recibidos



encendida, parpadeante signo de importancia y valía; y no podía comprender que le estuviera ocurriendo "precisamente a él". Llegó el verano a toda velocidad y a toda velocidad las vacaciones que, por primera vez en muchos años, fueron de mes completo. En Septiembre, regulado por tres meses, "disfrutó" de unas atípicas vacaciones de invierno. Cuando se incorporó en Diciembre, supo que la cosa no tenía marcha atrás: una mesa en un paisaje de mesas, un pecé anticuado ("¿dónde está mi Pentium7?"), un teléfono analógico y el portátil de empresa sustituido por el que le regaló su madre en las navidades pasadas ("¡mamá, si esto me lo regalan en la empresa!"). ¡Las Navidades! Casi por arte de magia estaban a la vuelta de la esquina. ¡Qué coño, encima eso! A pesar de todo, el trabajo discurría con los mismos líos y preocupaciones. Antes de las ocho no conseguía salir nunca y qué hacer; ¿dejar caer el lápiz (o el dedo-digitalteclado-ratón) a las cinco y media? De suicidarse nada y

al enemigo ni agua, que lo asesinaran (ni siquiera morirse de muerte natural como había soñado a veces, tampoco muchas: jubilación acaso un poco anticipada, "hobbies", tiempo libre, viajes, cuatro meses en la casita de la sierra...) si así lo decidían los de la sexta planta. Esteban Arce Campuzano había tomado alguna copa de más y llegaba "achispado" al apartamento en que vivía desde que se separase de María, su mujer, hacía ya tres años, después de dieciséis años de matrimonio, dos hijos -la parejita-, la mayor de quince años (estudiosa e inteligente) y el pequeño de trece (un chavalón algo vago pero muy listo) y un montón de recuerdos.

Era 20 de Diciembre, viernes, y las calles hervían de gente preocupada por llegar a la penúltima compra del día.

Su calle, una calle comercial de barrio "bien", lucía bombillas artísticas por gentileza de Hipermercados Aja, Componentes de Comunicación Aje y restaurante Ajo.

Las luces todavía le titilaban en las pupilas cuando cerraba la puerta y daba un puntapié a un sobre certificado de su empresa que, posiblemente el portero, había echado por debajo de la misma.

No se hallaba lo suficientemente bebido como para no coger la carta, leerla cansinamente de un tirón, hacer una pelota con ella y arrojarla al mejor estilo NBA hacia la papeletera de su habitación-despacho-sala de audiovisuales.

Sabía lo que era antes de abrirla, "la crónica de una muerte anunciada, como solía bromear, siempre duele menos".

Había tenido bastante tiempo para hacerse a la idea, además tenía un par de "cosas interesantes" en ciernes, algunos ahorrillos y un colchón, por si acaso, con el subsidio de desempleo.

El alcohol también ayudaba en ese momento y llegó, incluso, a quedarse

# CUENTO DE NAVIDAD

relajado, tranquilo. "Todo va bien", se dijo, y a continuación se tiraba por la ventana, cayendo sobre la marquesina engalanada y navideña del exitoso restaurante Ajo que, sin buscarlo ni pagarlo (publicidad gratis), había ayudado a iluminar, como si del foco de una película se tratase, el desafortunado incidente que revolucionó el barrio... casi quince minutos; los que tardó el SAMUR en recogerlo aún vivo y depositarlo cadáver en el Hospital mas cercano.

Se estiró satisfecho sobre la ergonómica silla en la cual descansaba su espalda con la inclinación y la dureza justas para hacer de las cientos de horas de trabajo prolongadas en casa, casi una delicia.

Había terminado su cuento de Navidad incluso antes de lo esperado. Breve, conciso y claro, no demasiado diferente a los informes mensuales exigidos por la Dirección.

Pasó de nuevo el corrector ortográfico de su programa de tratamiento de textos y, en un arranque incontenible de sofisticación literaria, "pinchó sinónimos" en un atractivo icono de su pantalla con la intención de sustituir algunas palabras por acepciones más cultas y atinadas ("titular sonaba mejor que brillar". decidió).

Una vez acabada la fase de perfeccionamiento, se dispuso a lanzarlo a la "red", donde competiría telemáticamente con otros cibernautas ilustrados, participantes como él en el Primer Concurso de Relatos Cortos que la empresa de servicios "Literatos on line" había convocado entre sus ciberescritores/suscriptores/usuarios "premium".

Roberto Covarrubias Sentín, nombre auténtico del pseudónimo/acrónimo de su "mail": *Ni Cervantes ni Cerdas* después (algo largo pero brillante y ocurente), reía a todo pulmón, satisfecho y casi triunfador ante su estación multimedia último modelo.

Roberto Covarrubias Sentín tenía suficientes razones para sentirse un triun-



fador: la carrera oportuna con los idiomas oportunos y un oportunísimo "master", aderezado todo ello con una sana ambición, tres o cuatro saltos a través de otras tantas empresas del sector y buenos reflejos ("los buenos reflejos son un seguro para el éxito", solía repetir a la menor ocasión), le habían catapultado al elenco de directivos de una conocida multinacional. Triunfador en lo profesional, se sentía imparable también en su carrera como "ciberescritor", completando así un curriculum envidiable.

Tal vez, pensaba, la historia fuese un poco sórdida o demasiado fantástica, pero después de todo era un cuento... de Navidad.

Roberto Covarrubias Sentín se dirigió al salón y se dejó caer, divertido y ufano, sobre su butacón favorito: los pies en alto, el guisqui entre los dedos y el periódico sobre las rodillas.

Su repentino interés por un artículo sobre fondos de inversión mobiliaria no le permitió reparar en un sobre urgente y certificado, colocado sobre

el pequeño aparador que la señora encargada de la limpieza utilizaba para dejar correo o algún que otro mensaje doméstico del tipo: "el traje gris está en el tinte" o "hay carne rellena en el horno".

En la carta, donde sobresalía el nuevo y agresivo logo de su empresa, se podía leer:

Madrid, Veinte de Diciembre de Mil novecientos noventa y muchos

De: Departamento de Recursos Humanos

A: D. Roberto Covarrubias Sentín

Confieso que resulta un poco morboso, pero me hubiera gustado ver la cara del Sr. Covarrubias Sentín al abrir la carta/cuento navideño/asunto: despido. Pero no es posible, después de todo solamente soy el narrador de un pequeño relato, escrito por el tipo que firma esto, sobre un ejecutivo aficionado a escribir cosas sórdidas y fantásticas acerca de una grotesca e imposible tragedia/ficción acaecida en un mercado tan dinámico, tan en la cresta de la ola como el nuestro. ●